



Dime que me lees

14 de abril



Manuel Peris

La novela se abre con dos exergos que son una declaración de intenciones. En la primera cita, el Georges Perec de *Lo infraordinario* se pregunta cómo dar cuenta de lo ordinario, lo cotidiano, lo común. En la segunda, Walter Benjamin explica su método de trabajo para el *Libro de los pasajes*: montaje literario, no tiene nada que decir, sólo que mostrar. A ello se aplica Paco Cerdà (El Genovés, 1985) en 14 de abril, un texto que ha recibido el «II Premio de No Ficción Libros del Asteroide», la editorial que acaba de publicarlo.

Las expectativas generadas con *El peón* (Pepitas de calabaza), se confirman ahora con *14 de abril*. El modelo narrativo recuerda *El orden del día*, el espléndido relato con el que Eric Vuillard ganó el Premio Goncourt en 2017. Un relato que a su vez se incardina en la tradición de algunos textos de Stefan Zweig como los que componen su genial *Momentos estelares de la humanidad*.

El libro de Paco Cerdà se articula como un gran fresco en el que distintas estampas, ordenadas según las horas canónicas del día (prima, tercia, sexta...), ofrecen una visión de lo sucedido en distintos lugares de España el 14 de abril de 1931. A partir de una enorme documentación, que desgrana al final del texto, el autor compone un relato sobrio y riguroso, sin citas ni comillas que interrumpen un pulso narrativo que se quiere rápido y vibrante, en la tradición de las mejores crónicas periodísticas. Algo que sin duda consigue, aunque en el algún momento el ensamblaje de las distintas piezas de marquetería se desencole un poco por la pobreza de la imagen del flautista de Hamelín como desmadejado hilo conductor de la narración y la falta de contextualización de algunos personajes como el general Sanjurjo. Y, sobre todo, por ciertos juegos intertextuales con los que Cerdà ha querido impregnar algunas páginas del libro. En concreto, rechinan especialmente las «citas» de Federico García Lorca, de San Juan de la Cruz, de Vicent Andrés Estellés, de Raimon y de Luis Eduardo Aute. Lo cual es una pena, porque son absolutamente prescindibles. Al igual, que alguna que otra exuberancia: «El labio grueso, con retranqueo sobre la fachada, mora cobijado por la marquesina troncocónica de pelo entrecano».

Pequeños excesos sin demasiada importancia, pero que interrumpen la agilidad de un relato magnífico, lleno de desparpajo y sentido del humor, con una prosa directa que brilla sobre todo en el gusto por los detalles. Unas pinceladas que, como en la descripción de la mesa del Consejo de Ministros, o de las insignias de un capitán de navío, dan un plus de realidad a una narración que se devora con placer.